

el espacio y en el tiempo. Al lado del bronce de Cristóbal de Torres, debe levantarse la estatua del doctor Carrasquilla, que en su vida fue el augusto continuador de las enseñanzas y prescripciones del santo fundador.

En literatura deja Rafael María Carrasquilla páginas de altísimo mérito, dignas de figurar al unisono con las de Bossuet y las de Massillon. Su pluma ágil, serena, precisa; su profunda instrucción, sus eternos estudios, su consagración y devoción para las nobles preocupaciones del espíritu, grabaron, con caracteres absolutamente definitivos, páginas inmortales por su belleza en el libro del intelecto colombiano.

Nosotros, que veneramos la memoria del maestro y del apóstol, nos unimos al duelo que ha traído su desaparición para toda la patria. Tendrán forzosamente que crecer sobre la tumba del gran sacerdote las rosas blancas del recuerdo de todos sus admiradores, y algún día, en mérito a sus virtudes, tendrá que levantarse, bajo el cielo de Colombia, la estatua, que en su mudez, haga el elogio de sus virtudes incontrovertibles.

R. MUÑOZ FERRO

(*El Mosquetero*, marzo 22).

MONS. RAFAEL MARIA CARRASQUILLA

I—Su carácter

No solamente los necios, pero también algunas personas de las que alcanzan fama de discretas, suelen aplicarles a defectos muy graves, denominaciones de virtudes y cualidades excelsas—dijonos alguna vez Carrasquilla. Costumbre es ésta—agregaba—que obedece más a falta de sindéresis que a exceso de benevolencia, y por eso, y porque es peligrosa además para la ju-

ventud, conviene no dejarla prosperar. Frecuentemente—seguía diciendo, para ilustrar su sentencia—se llama modesto al perezoso; al débil y pusilánime, humilde; al insolente, altivo; valiente al temerario; original al extravagante; al avaro, prudente. La soberbia, es para muchos dignidad, y se ha vuelto un lugar común el decir de un sujeto que tiene mucho carácter cuando pertenece a ese linaje de testarudos que «si una vez dicen nones, nones han de ser aunque sean pares, a pesar de todo el mundo».

Quien de tal suerte platicaba supo sustraerse, por modo admirable, a esa tendencia de cultivar esmeradamente defectos y vicios bajo el ropaje engañoso de nombres seductores. Fue modesto, sin ser perezoso; humilde, sin ser débil; original, sin ser extravagante; diligente, sin ser ambicioso. Dechado perfecto de dignidad y de decoro, esquivó sin embargo las asechanzas de la soberbia. En sus iniciativas, trascendentales y fecundas en bienes para la república, no hubo nunca audacia. Enérgico en la medida que requería su delicada misión docente, no fue impulsivo ni déspota. Ligado estrechamente con la más alta sociedad, así por los blasones de su linaje como por su alta posición oficial, supo siempre, como sacerdote, permanecer en un justo medio entre la mojigatería y la vida mundana. Disertaba con exquisita amenidad sobre todos los temas, pero no fue petulante ni necesitó condimentar la plática con murmuraciones. Laborioso además, no confundió la actividad bien entendida con el dinamismo irreflexivo e inconsulto.

Tal armonioso conjunto de virtudes se explica si se tiene en cuenta que en Carrasquilla la prodigiosa inteligencia y la bien acendrada voluntad estuvieron siempre alentadas, tonificadas y estimuladas por un auténtico amor a Dios.

II—Su patriotismo

«Pretender enseñarle patriotismo a un pariente de Ricaurte y de Nariño es como pretender enseñarle doctrina cristiana al Papa», les dijo alguna vez a ciertos demagogos que atribuían a falta de amor por las instituciones republicanas lo que era simplemente cordura.

Y otra vez dijo esto: «No aprendí en los libros la historia de la república. La aprendí, muy niño, sentado en las rodillas de un veterano de bigotes blancos que militó al lado de Simón Bolívar y que compartió con éste así las fatigas y las inclemencias de la campaña libertadora como los laureles de la victoria. Ese veterano era mi abuelo».

Y en verdad que después de Dios, Carrasquilla amó a su patria por sobre todas las cosas. Con tal fervor la amó, con tal intensidad y con tan perfecta elevación de miras que bien puede decirse de él lo que de don Miguel Antonio Caro dijo el más ilustre de sus apologistas: «No se preocupó nunca de que al fin y a la postre pudiera sorprenderlo la muerte con los pies descalzos y el manto hecho jirones. El sabía que la bandera colombiana no había de faltarle por sudario y que la bandera colombiana tiene más púrpura y más oro y más cielo que todos los mantos imperiales, que todas las venas ocultas y codiciadas de la tierra y que todos los espacios abiertos».

III—Su obra literaria

Fue Carrasquilla un auténtico hombre de letras. Como estilista rivalizó con Suárez. Como orador compartió con ese otro crisóstomo que se llamó Carlos Cortés Lee, el cetro de la elocuencia sagrada en Colombia. Como crítico realizó una labor intensa y fecunda en pro de las letras castellanas. Como director de la Academia Colombiana, que «fija, limpia y da esplen-

dor al idioma», prosiguió brillantemente la tarea nobilísima de los claros ingenios que fundaron ese instituto.

De la devoción de Carrasquilla por las humanidades da testimonio la Facultad superior de Filosofía y Letras, única en Colombia, fundada por él en el Colegio del Rosario, en la cual estudiaron estética, historia de la literatura e historia de la filosofía, clásicos griegos y clásicos latinos, Vergara Barros, el admirable traductor de las Odas de Horacio, Luis M. Mora, el ilustre comentador de Balmes, Francisco M. Rengifo, helenista insigne; Emilio Ferrero, abogado eminentísimo en cuyas doctas exposiciones jurídicas se advierte el refinado gusto de un consumado humanista; José Tomás Escallón, el glosador de Bergson; Ramírez Arberlález, autor de un luminoso estudio sobre la filosofía positivista; Ciro Molina, el erudito crítico del Canto a Popayán; Julio César García, periodista que en verdad maneja una pluma y no una herramienta como tantos otros.

Las oraciones fúnebres que pronunció Carrasquilla desde el púlpito de la Basílica sobre León XIII y sobre Pío X, sobre el Arzobispo Mosquera y sobre el Arzobispo Paúl, sobre Rafael Núñez y sobre Nariño, son verdaderas obras maestras, así por la pureza y la elegancia del lenguaje como por la nobleza de las ideas. En ellas la opulencia de los períodos armoniosos, modelados en los troqueles áureos de la latinidad, realza el concepto, inspirado siempre en un perfecto espíritu cristiano.

No importa que alguna vez la hipérbole alterne con el elogio mesurado y discreto, porque aun en tales casos la belleza de la forma sigue cautivando la admiración del lector, como cuando, al referirse a las cenizas de Nariño, dice, después de una serie de bellísimas imágenes, que «esos huesecillos de las manos ocultos

en la urna de mármol manejaron la pluma digna de Tácito, por grave; de Juvenal, por cáustica, y de Cicerón, por elocuente».

IV—Su obra filosófica

Fuera del «Ensayo sobre las doctrinas liberales» y de varios notabilísimos estudios publicados en el *Repertorio* de Martínez Silva y en la *Revista del Colegio del Rosario*, le deja Carrasquilla a la ciencia colombiana sus «Lecciones de Metafísica y Ética», admirable resumen de las magistrales conferencias que dictó durante treinta años en el Aula Mutis.

Fue sin duda en su clase de Metafísica en donde realizó Carrasquilla una labor más intensa y fecunda. Desde allí ejerció una influencia trascendental sobre la juventud colombiana.

Con una claridad sencillamente desconcertante—que denotaba al pedagogo por atavismo y por vocación,—con un dominio absoluto de la materia, adquirido en muchos años de permanente consagración a las disciplinas filosóficas; con un fervor de apóstol alentado por la profunda admiración que le inspiraba la obra del Aquinate, disertaba diariamente durante una hora sobre los más arduos problemas filosóficos ante un auditorio compuesto en lo general por estudiantes de todos los colegios de la capital que acudían a oírlo porque estimaban con razón necesario complementar sus cursos de bachillerato con el de Metafísica que dictaba Carrasquilla.

V—Su rectorado

El Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, «cuna de la república», «almáximo de héroes y de sabios», fue fundado por Fray Cristóbal de Torres hace doscientos ochenta años.

Lo mismo en la época colonial que en la era republicana, el Colegio estuvo siempre dirigido por varones eminentísimos, calificados por su sabiduría y famosos por sus virtudes. Y sin embargo, el que estas líneas escribe—que se precia de conocer la historia del Colegio—no vacila en afirmar que fue Carrasquilla, entre todos los rectores, el más notable y el que llevó a cabo una labor más trascendental.

Amó al Colegio y supo hacerlo amar por sus discípulos, no sólo exaltando sus glorias pasadas sino también acrecentándolas.

Alguna vez, como cierto sujeto pretendiera comparar con el claustro de Fray Cristóbal de Torres un instituto recién fundado con sistemas flamantes, refirió esta historia, que después repitió en un discurso magnífico y que da clara idea de los vínculos que ligaban a Carrasquilla con el colegio:

«Se propuso un multimillonario americano construir en los Estados Unidos un castillo medioeval que fuera idéntico a los históricos que había conocido en Alemania, en Francia y en Inglaterra. Con la colaboración de arquitectos eminentísimos y previo un estudio minucioso de los más notables entre todos los castillos del viejo mundo emprendió la obra e invirtió en ella muchos dineros. Concluida la grandiosa fábrica y muy satisfecho su propietario, llevó hasta ella un noble francés a quien interrogó de esta suerte:

—Qué le falta a este castillo para ser igual a los vuestros?

—Le faltan en las piedras de la escala, contestó el francés, las rayas de las espuelas de Godofredo».

«En el Colegio del Rosario—agregaba Carrasquilla—conservamos la misma escala por donde Francisco José de Caldas, colegial, catedrático y consiliario del

Instituto, descendió de la prisión al patíbulo para ascender a la inmortalidad».

EDUARDO ZULETA ANGEL

(Del diario *Colombia*, de 24 de marzo).

A LA MEMORIA

DEL DR. RAFAEL M. CARRASQUILLA

**Magna oración pronunciada ayer por el Illmo.
Sr. Tiberio de J. Salazar y Herrera en el
Instituto Universitario**

Digno y justo es que la ciudad de Manizales, siempre hidalga y generosa, ofrezca el tributo de su admiración y de lágrimas a la memoria veneranda del ilustre sacerdote que acaba de bajar al sepulcro en medio de manifestaciones de sentimiento profundo en todos los colombianos.

El benemérito y popular doctor Rafael María Carrasquilla, rector del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario y Canónigo Teologal de la iglesia metropolitana de Bogotá, ha desaparecido de en medio de los vivos, su figura egregia se ha ocultado entre las blancas brumas de la eternidad misteriosa. Apagó sus luces un astro de primera magnitud en el cielo de la patria, se ha ocultado la estrella polar de la juventud colombiana, extinguióse de repente la antorcha que iluminaba las aulas de Fray Cristóbal de Torres, yace en silencio la cátedra donde resonaba la voz poderosa de la verdad católica ataviada con las galas de la literatura clásica española.

A ninguna persona de mediana cultura le son desconocidos los méritos del sacerdote preclaro cuya muerte lamentamos. La fama de sus virtudes y de su ciencia ha traspasado los límites de la patria y estamos seguros